



MANEL LOUREIRO

LA LADRONA DE HUESOS

Manel Loureiro



La ladrona de huesos

Pedrafita do Cebreiro (Lugo)
Entrada a Galicia del Camino Francés
En la actualidad

Ya era bien entrado mayo, pero hacía un frío helador en la aldea de lo alto de la montaña. Era ese tipo de frío que al notar la inminente irrupción del verano se esconde en los rincones sombríos y húmedos y solo sale a última hora, cuando los paseantes en manga corta se han confiado. Un frío seco, afilado, rabioso porque sabe que su tiempo se acaba hasta el siguiente invierno. Por eso, pese a la fecha, en Pedrafita do Cebreiro el invierno parecía aún cómodamente instalado y no tenía pinta de querer irse a ninguna parte.

Laura sintió una ráfaga de viento cortante y se subió el cuello de su abrigo con un estremecimiento. Hacía solo dos horas que ella y Carlos habían llegado hasta allí y ya les había dado tiempo de sobra de recorrer toda la pequeña población. Las antiguas pallozas con su techo de paja apretada y aspecto de haber salido del medievo le habían arrancado una exclamación de asombro. Aquel poblado en la cima de las montañas marcaba la entrada del Camino de Santiago en Galicia, y en las miradas y los comentarios del puñado de peregrinos ateridos que se apelotonaban en la puerta del albergue se notaba la

satisfacción de saber que estaban a apenas ocho etapas de su destino final.

Desde lo alto del pueblo, Laura y Carlos tenían una vista directa sobre las casas apiñadas unos metros más abajo. No podía haber más contraste entre ellos dos y los viajeros cansados, ajenos a sus ocasionales vistazos. Frente a las mochilas, la gastada ropa de viaje, las mallas térmicas y las botas llenas de barro, el traje de sastre y los elegantes zapatos italianos de Carlos parecían completamente fuera de lugar sobre las piedras de Pedrafita. Laura levantó un poco más las solapas de su abrigo y se rodeó con los brazos.

—¿Qué? —preguntó al ver que él la miraba de reojo.

—Nada.

Algo en la media sonrisa con que lo había dicho le hizo dudar.

—¿Qué pasa? Venga, suéltalo —insistió.

—Estaba pensando en cómo voy a convencerte para que me dejes quitarte la ropa más tarde si en el hotel tienes tanto frío como aquí fuera.

Laura le devolvió la sonrisa traviesa y él arqueó una ceja en un gesto que siempre le funcionaba con ella.

—Te aviso... —Carlos señaló con la barbilla a un peregrino quemado por el sol que se quitaba los calcetines justo en ese instante—. Desde luego me resultas mucho más atractiva que ese individuo de pies sucios, aunque si lo prefieres, puedo invitarle a cenar a él. No es mi tipo, pero seguro que...

Laura le dio un golpe en el hombro y trató de no reírse.

Eso era algo que Carlos hacía muy bien, sin duda. Siempre lograba que su faceta canalla, de jugador, no chocara con su lado cariñoso. Vio cómo él la miraba divertido, e interiormente se sintió complacida. En ese punto de su vida, necesitaba momentos como aquel, recordatorios constantes de que estaba viva y que cada segundo, cada inspiración, cada parpadeo, era un pequeño milagro.

Porque Laura debería llevar un año muerta.

Y sin embargo, allí estaba, de pie sobre los adoquines helados de Pedrafita do Cebreiro, a más de ocho mil kilómetros de su último hogar, con un hombre increíble a su lado y sintiéndose feliz por primera vez en mucho tiempo. No era para menos.

—Te propongo una cosa —dijo Carlos, como si se le acabase de ocurrir—. Cenemos aquí, en lo alto. Ahora.

—¿Aquí? —Ella miró a su alrededor confundida—. Pero si aquí no hay nada.

—Está esa hospedería. —Hizo un gesto hacia el edificio de mampostería con ventanas estrechas frente al que descansaba el grupo de peregrinos—. Resulta que tiene un pequeño comedor privado, con acceso independiente por la parte trasera, y lo he reservado para dentro de un rato. No es muy lujoso, pero tiene su encanto.

—¿Reservado? Pero si acabamos de llegar y no has tenido tiempo de... —De repente abrió los ojos al comprender—. ¡Lo tenías todo planeado!

Carlos rio. Era una risa franca, fresca, golosa.

—La ocasión lo merece. —La envolvió en un abrazo—. Es el principio del resto de tu vida.

—El resto de mi vida —murmuró Laura respirando en su cuello mientras sentía el calor de su abrazo. Sonaba casi demasiado bien como para ser verdad.

Unos minutos después estaban en el interior de la hospedería. El contraste con el exterior no podía ser más acusado. Fuera, la noche iba cayendo sobre Pedrafita, mientras que una fina llovizna helada se había mezclado con el viento y había ahuyentado a todo el mundo. Los peregrinos se habían refugiado del mal tiempo y desde el comedor se oían sus voces apagadas en la sala común que compartían en la planta baja. Un fuego cálido rugía en una chimenea junto a la ventana y las paredes forradas de madera se solapaban con el calor que salía de ella.

—¿Qué te parece?

—Es estupendo. —Laura sonrió satisfecha mientras dejaba que su mirada vagase a través de la ventana.

Fuera, las sombras oscuras de las pallozas se iban convirtiendo en formas difusas, y las gotas de lluvia resbalaban por los cristales. Su mirada se enfocó por un momento en el reflejo que le devolvía la ventana, el de una mujer joven y de rostro anguloso, de poco más de cuarenta años y con una espesa cabellera de pelo negro envolviendo su rostro. Los pómulos altos, labios gruesos y ojos de un azul casi glacial que parecían perforar a su interlocutor. Una suave cicatriz recorría su mejilla derecha y se deslizaba por el cuello, perdiéndose bajo la ropa hasta alcanzar el nacimiento de su clavícula, allí donde una pieza de metal retorcido se había clavado un año atrás, casi seccionándole la carótida.

Curiosamente, aquella marca realzaba su belleza exótica en vez de deformarla, igual que el punto de fuga de un lienzo realza cada una de las pinceladas.

Laura metió la mano en uno de los bolsillos de su abrigo y sacó un trozo de papel gastado y con los bordes romos y manoseados. Había hecho aquel gesto más de dos docenas de veces a lo largo del día, sin pararse a pensarlo, buscando algo que ni siquiera sabía definir.

Apoyó el papel sobre su plato. Era una vieja foto amarillenta de un grupo de casas desperdigadas en el fondo de un valle. La vegetación que las rodeaba era verde y densa y los tejados rojos salpicaban el paisaje, coronando viejos muros de piedra. Al fondo, descollando sobre las demás, una edificación algo más grande y oscura dominaba el lugar. La imagen se interrumpía en la esquina inferior derecha, que parecía haber sido invadida por la noche, hasta que uno se fijaba con atención y descubría que aquel retazo del papel estaba ennegrecido, como si hubiese estado expuesto a un calor muy intenso.

Laura le dio la vuelta, como había hecho infinidad de ve-

ces, sabiendo lo que iba a encontrar en el reverso de la fotografía. Una letra picuda y llena de energía, en tinta azul. Un texto corto, mutilado:

stro lugar secreto

ra — Galicia)

Pasó la yema de los dedos por la parte necrosada de la foto, deseando poder descubrir las letras que faltaban, como si aquel gesto le permitiese adivinar la historia que se ocultaba detrás del mensaje que un desconocido le mandaba desde otra vida.

Porque aquella foto era todo lo que la conectaba con su vida anterior. Y no tenía ni la menor idea de qué se trataba, ni de dónde era aquella imagen. La respuesta, si existía, estuvo un día anotada al dorso y el fuego se había encargado de borrar el nombre, dejando solo una breve pista: «nuestro lugar secreto», en algún punto de Galicia.

—¿Te ha venido algo a la cabeza? —La voz de Carlos la sobresaltó.

Su pareja la miraba desde el otro lado de la mesa, tratando de aparentar indiferencia, aunque Laura era capaz de percibir su expectación, su tensión, en multitud de pequeños gestos y tics.

Respiró hondo y meditó un momento antes de responder.

—No —dijo—. Sigue sin haber... nada.

Pudo adivinar un destello de decepción en el fondo de las pupilas de Carlos durante una fracción de segundo, tan fugaz que pasó casi inadvertida. En vez de eso, él estiró las manos sobre la mesa para coger las suyas.

—No pasa nada. —Se encogió de hombros—. Quizá mañana, o dentro de unos días. ¿Quién sabe?

Ella dejó escapar un gemido de angustia.

—¿Y si no lo recuerdo nunca? —Señaló la foto con la barbilla—. ¿Y si jamás soy capaz de llenar los huecos que faltan?

—Bueno, en ese caso, tendremos que construir historias nuevas. —Y esta vez su sonrisa fue más amplia que las anteriores—. Juntos.

—Juntos. —Laura sonrió, aunque algo seguía rondándola, un bicho inquieto relacionado con aquel agujero en su memoria, que le impedía disfrutar en plenitud. Y eso la ponía aún más nerviosa.

Carlos se inclinó hacia ella de improviso y la besó en los labios. Un beso firme y cálido que bastó para que todos los fantasmas que pululaban por la cabeza de Laura se replegasen hasta una esquina, espantados por la ola de calor y cariño que le anegó el pecho. Él le dedicó otra sonrisa y, de golpe, todo estuvo en su sitio de nuevo.

—¿Sabes que me haces muy feliz? —musitó ella en un arrullo.

—Eso intento. —La sonrisa se ensanchó un poco más.

—¿No te da miedo apostar por alguien como yo? —Laura apretó los puños sobre el mantel—. Ya sabes lo que quiero decir.

—Arriesgaré siempre por lo que huela a felicidad —le respondió él muy serio—. Por ti.

Justo entonces el camarero se acercó arrastrando los pies, con una botella de vino en la mano. Era un chico joven, de no más de veinte años, con el pelo alborotado recogido en una coleta y una gastada camiseta de Iron Maiden, al que se le veía más acostumbrado a tratar con peregrinos cansados que a servir en mesas de mantel de lino. Al llenar las copas derramó un par de gotas sobre el mantel, aunque no pareció advertirlo.

—Por nosotros. —Carlos levantó la suya—. Por ti. Por tu nueva vida.

—Por nosotros.

En el mismo instante en que las copas se entrecocaban,

un zumbido rompió la magia del momento. Laura tardó un segundo en darse cuenta de que aquel sonido provenía de su bolso, colgado en el respaldo de la silla.

—¿Es tu teléfono?

—Eso parece —balbuceó ella—. Pero no entiendo...

—¿... cómo es posible? —terminó él la frase—. Yo tampoco.

La sorpresa de Carlos parecía genuina y no era para menos. Solo había una persona en el mundo que supiese aquel número de teléfono, y era él.

—¿Estás llamándome tú?

—Está claro que no. —Sentado enfrente de Laura, era evidente que no estaba haciendo ninguna llamada.

Laura revolvió en el bolso hasta que sus dedos se cerraron en torno al aparato. Se lo había regalado Carlos un par de meses antes, cuando ella había comenzado a hacer vida independiente de nuevo.

El terminal seguía vibrando en su mano mientras en la pantalla las palabras «Número oculto» se burlaban de su desconcierto. De repente, el zumbido cesó y el aparato se sumió en el silencio.

—¿Qué ha sido eso?

—No tengo ni idea. —Laura negó con la cabeza—. No sé cómo...

El terminal revivió con un zumbido. Otra vez un brillante «Número oculto» resplandecía en la pantalla. Laura dejó caer el teléfono sobre la mesa como si quemara.

—¿No lo vas a coger?

—Pero ¿quién puede ser?

—Solo hay una manera de saberlo, ¿no?

Laura vaciló durante un segundo, con la sensación hormigueante en el estómago del saltador subido en el trampolín más alto. Deslizó el dedo por la pantalla y se acercó el terminal al oído.

Más tarde se preguntaría qué habría pasado si no hubiese

hecho eso, si se hubiese limitado a dejar que aquel trasto sonase hasta agotar la batería. O si lo hubiese apagado. Qué habría sido distinto, qué habría cambiado. Quizá todo. Quizá nada.

Pero no lo hizo.

Y ahí empezó todo.

—¿Diga? —Un crujido metálico y una serie de chasquidos sonaron al otro lado de la línea—. ¿Oiga? ¿Quién es?

Silencio y más crujidos. Y, de pronto, la línea se quedó muda.

—¿Y bien? —preguntó Carlos.

Ella meneó la cabeza, confusa.

—Se ha vuelto a cortar.

—Quizá no haya buena cobertura aquí dentro. —Carlos señaló las gruesas paredes de piedra que los rodeaban—. Este sitio es como una fortaleza.

Laura contempló la pantalla. En la esquina superior, una minúscula y triste barra de cobertura parpadeaba como una vela a punto de apagarse.

—Voy a salir —dijo llena de determinación.

Como suele suceder con la mayoría de los pequeños desafíos diarios, descubrir quién se ocultaba tras aquella llamada misteriosa se había convertido de repente en una espina clavada, un picor absurdo que necesitaba aliviar.

—Seguro que fuera no habrá problemas de cobertura.

Carlos miró dubitativo a través de la ventana. La lluvia caía con más fuerza e, impulsada por el viento, dibujaba remolinos perezosos que rebotaban en el suelo de piedra.

—Te vas a calar.

—Será solo un minuto —dijo ella resuelta mientras se levantaba de la mesa.

—¿Quieres que...?

—No, no, no vengas. Me puedo encargar de esto sola. —Ya habían hablado de que necesitaba aumentar su grado de autonomía—. Pero ni se te ocurra empezar a cenar sin mí.

—Descuida. —Sonrió, estirándose en su silla como un gato,

mientras Laura se alejaba—. Aunque no prometo nada sobre el vino.

—No creo que te atrevas —replicó ella, y le lanzó un beso antes de salir del reservado.

Más tarde le daría muchas vueltas a esa conversación, a todas y cada una de esas palabras. A lo que podría haber dicho, en vez de esa frase entre retadora y juguetona. Pero aún no lo sabía.

Cuando salió al exterior, una oleada de viento gélido cargado de humedad la envolvió de inmediato. Miró a su alrededor, pero el pueblo parecía desierto bajo la tormenta, al menos hasta donde alcanzaba el radio de luz del farol situado sobre el dintel.

No había nadie más bajo el diminuto alero que cubría apenas un metro de ancho alrededor de la puerta. La entrada al albergue de peregrinos quedaba por el otro lado del edificio y, a aquella hora, casi todas las luces de la planta baja estaban apagadas y los huéspedes durmiendo, a la espera de una jornada agotadora al día siguiente. Por lo demás, daba la sensación de que no había un alma en Pedrafita. Como si fuese un pueblo fantasma aguardando expectante, en medio de la noche, a que sucediese algo.

Laura se abrazó, notando cómo se le ponía la piel de gallina bajo la fina blusa. Se dio cuenta entonces de que se había dejado el abrigo dentro. Pensó en entrar a por él, pero quizá entonces se volviese a cortar la llamada, así que esperó un poco más. Solo un poco más.

Pasaron dos largos minutos. El viento zumbaba en los canales del edificio y, en una esquina, una pequeña cascada borbotaba tratando de aliviar el agua que se acumulaba en el tejado, lanzando una lluvia de gotas en todas direcciones cuando chocaba contra el suelo. Laura temblaba de frío, empezaba a irritarse con el misterioso autor de la llamada y las ráfagas de viento le estaban empapando las piernas. Ya estaba a punto de renunciar

y volver a entrar al calor confortable del salón cuando el teléfono vibró de nuevo.

Dejó que sonase dos veces antes de descolgar, con los dedos ateridos.

—¿Sí? ¿Quién es?

Durante un interminable momento, no pudo escuchar nada al otro lado, excepto el zumbido casi inapreciable de la línea. Entonces, alguien habló:

—Hola, Laura. Ha pasado mucho tiempo.

Laura notó que se le erizaban los pelos de la nuca. Su cuerpo se estremeció con violencia, pero no a causa del frío y de la lluvia, sino por otro motivo, algo mucho más profundo y oscuro que estaba enterrado dentro de ella.

Conocía esa voz. Estaba segura.

Quiso hablar, pero no fue capaz de articular sonido. Su garganta estaba bloqueada, se le había disparado el pulso. Se apoyó contra la pared para no derrumbarse.

—Se ha confundido de número. —Su voz le sonó chillona incluso a ella, teñida de un pánico absurdo y de origen desconocido—. N-no le conozco.

—Vamos, vamos —susurró el hombre. Laura casi pudo adivinar la sonrisa condescendiente al otro lado del teléfono—. ¿Realmente crees que eso es importante ahora mismo? Lo que necesito es que prestes mucha atención a lo que voy a decirte.

—No sé quién es usted —susurró, sin poder dejar de temblar—. No sé qué quiere, pero si esto es una broma, no tiene gracia.

—Suponía que dirías algo así —suspiró.

—Voy a colgar.

—No cuelgues. Tienes que escucharme.

—No tengo que hacer nada —insistió ella más segura—. Voy a colgar.

El hombre del otro lado de la línea guardó silencio, solo unos instantes.

—Haz lo que quieras, pronto cambiarás de opinión —zanjó él ominoso—. Volveremos a hablar en muy poco tiempo. Hasta dentro de un rato, querida.

Laura finalizó la llamada. Por un segundo se quedó inmóvil, jadeando, mirando el terminal como si temiese que la voz del hombre pudiese seguir saliendo de aquel aparato pese a que ella había cortado la comunicación.

Se pasó una mano temblorosa por el cabello, desconcertada ante la reacción de su propio organismo: su cuerpo respondía como si hubiese visto un nido de serpientes reptando hacia ella. Cerró los ojos e intentó controlar el ritmo de su respiración. Poco a poco su pulso fue recuperando la normalidad, mientras las gotas de lluvia la salpicaban arrastradas por las rachas de viento.

No podía ser solo por la extraña conversación que acababa de tener. Había algo más, una reacción visceral que la voz de su misterioso interlocutor acababa de disparar.

Algo en su interior le decía que no era la primera vez que hablaba con aquella persona, pero no podía identificar nada concreto, más allá de la desagradable sensación de que le resultaba familiar. Su mente trabajaba a toda velocidad, repasando cada frase, tratando de recuperar cualquier esquirla de información que arrojase algo de luz. La voz del hombre era profunda, un tanto ronca, como la de alguien que ha fumado durante muchos años. De mediana edad, pero con un acento totalmente indefinible. Hablaba castellano con soltura, aunque ciertos matices en la pronunciación le hacían pensar que no era su lengua materna; aun así, no eran tan marcados como para permitir darle una nacionalidad concreta.

Sin embargo, lo que más le preocupaba era la sensación de certeza que transmitía aquella voz. De inevitabilidad. Como si supiese algo que ella desconocía y que debería ser evidente.

Tengo que contárselo a Carlos, se dijo mientras sentía la urgencia anidada en su vientre. Él sabría qué hacer. No solo era

su pareja, también había sido su médico. Sin duda la ayudaría a encontrar respuestas. O, al menos, a domar la ahogante sensación de ansiedad que le apretaba el pecho.

Volvió a entrar en el albergue, con el teléfono todavía aferrado en la mano. El contraste de temperatura con el exterior nada más llegar al vestíbulo fue reconfortante. Alguien había apagado las luces del techo y tan solo una lámpara colocada sobre una mesa esparcía un charco de luz en medio de las penumbras. Desde el arranque de las escaleras, podía ver el brillo de la habitación superior, donde se hallaba el reservado. Subió las escaleras a paso rápido, casi saltándose los últimos peldaños.

—Carlos, no te vas a creer lo que ha... —La frase murió en sus labios nada más cruzar la puerta.

Carlos no se encontraba allí. La habitación estaba desierta.

Por un momento, el pánico se apoderó de ella, hasta que una idea explotó en su mente, cegadora. *Está en el baño, idiota. Eso es.* La sensación de alivio fue tan abrumadora que se sintió renacer. La puerta del baño estaba al fondo de la sala y se dirigió hacia allí a paso rápido. Golpeó con los nudillos sobre la placa donde ponía CABALLEROS antes de perder la paciencia y abrir la puerta.

El aseo estaba vacío y a oscuras. Laura entró para asegurarse, pese a que no había un solo rincón en aquel diminuto cubículo que no quedase a la vista. Cuando revisó el baño de mujeres, que estaba al lado, el resultado fue el mismo. No había nadie allí. Estaba sola en aquella planta.

Quizá mientras ella estaba fuera esperando la llamada, Carlos se había impacientado y había salido también en su búsqueda. Quizá mientras ella estaba allí, de pie, como un pasmarote, su chico estaba dando vueltas bajo la lluvia, buscándola, preocupado.

Pero de esta sala solo se puede salir por esas escaleras que acabas de subir, gruñó la parte más analítica de su cerebro. *Y tendría*

que haber salido por la puerta principal, de la que no te has alejado ni un metro. Ambos tendríais que estar ciegos para no veros.

Aun así, bajó de nuevo las escaleras y se asomó al exterior. Fuera, la lluvia arreciaba. Un relámpago destelló de repente, bañando todo con una fantasmal pátina azulada. Un par de segundos más tarde, un trueno ronco y profundo reverberó en sus huesos.

De golpe se dio cuenta de que aún tenía el teléfono en la mano. Desbloqueó el terminal y abrió la agenda, en la que había un único y solitario contacto: Carlos. Pulsó sobre el nombre y se acercó el aparato al oído, sin ser consciente de que había salido del resguardo del alero y de que se estaba empapando.

El teléfono emitió un par de crujidos hasta que se oyó una cantarina voz de mujer: «El número que ha marcado no se corresponde con ningún cliente. El número que ha marcado no se corresponde con...».

Y eso era todo. Laura volvió a marcar tres o cuatro veces, siempre con el mismo resultado. Intentó marcarlo cifra a cifra, en vez de usar la agenda, pero nada cambió. La enervante voz pregrabada le repetía que aquel número no existía. No había nadie al otro lado.

Estaba sola.

—¡Carlos! —gritó en la noche—. ¡CARLOS!

Solo el aullido de un par de perros le respondió. El rumor del agua cayendo apagaba todos los sonidos y resultaba desorientador para ella. Caminó bajo la lluvia, sin advertir que estaba calada hasta los huesos. Recorrió a toda prisa las pocas calles de Pedrafita —si es que se le podían llamar calles—, pero no vio un alma. De vez en cuando un trueno retumbaba sobre ella con estrépito, como un eco de su miedo.

De pronto se encontró ante el coche de alquiler que los había llevado hasta allí desde Madrid. Estaba aparcado en el mismo lugar donde lo habían dejado a primera hora de aque-

lla tarde y nada hacía pensar que alguien se hubiese acercado a él en todo ese tiempo. Probó la cerradura, hasta que recordó que las llaves estaban en el bolsillo de la chaqueta de Carlos.

Volvió sobre sus pasos hasta el albergue, en un estado de total confusión. No podía entender cómo una velada maravillosa se había transformado tan rápido en algo sacado de una de esas pesadillas en las que te despiertas empapada en sudor.

Se preguntó si no sería eso, si no estaría soñando. Pero si era un sueño, era una experiencia espantosamente real. Y en ningún sueño el agua se te cuela dentro de los zapatos, ni te cala de arriba abajo, como le estaba pasando a ella.

Una vez más, subió las escaleras. Dejando un rastro de agua, caminó hasta la mesa y se dejó caer a plomo en su silla. Decir que estaba confusa, desorientada y asustada era quedarse muy corto.

—¡Ah! ¡Menos mal! —dijo una voz a su espalda—. Pensaba que se había ido. Un rato más y la carne se habría pasado por completo. Sí que le ha llevado tiempo esa llamada, señora.

Laura se giró y vio a un hombre bien entrado en la sesentena, grueso y con su escaso cabello encanecido peinado de una forma ridícula, tratando de ocultar una calvicie más que evidente. Vestía unos pantalones negros y una camisa blanca y en la mano sostenía una bandeja metálica en la que reposaban unas chuletas de cordero con una guarnición de pimientos asados que desprendían un aroma delicioso.

Apoyó la bandeja sobre la mesa y se quedó mirando sorprendido a Laura.

—¡Pero si está usted empapada! ¿Quiere que le traiga una toalla?

Ella negó con la cabeza, abrumada.

—¿Sabe dónde se ha metido el hombre que estaba cenando conmigo? ¿Le dijo a usted adónde se iba?

La cara del camarero se transformó en una mueca de perplejidad. Y su respuesta fue como un puñetazo en el hígado.

—¿El hombre? No entiendo qué quiere...

—Mi pareja, el hombre que estaba sentado justo en esa silla. —Señaló con exasperación al otro lado de la mesa—. Alto, de cuarenta y cuatro años, moreno, con barba de tres días, ojos oscuros, delgado. ¿Sabe adónde ha ido?

El camarero se humedeció los labios con la lengua. Parecía genuinamente desconcertado.

—Señora... —vaciló—. No sé de qué me habla.

—¿Qué quiere decir?

El hombre parpadeó varias veces antes de contestar.

—No hay ningún hombre. Llegó aquí usted sin nadie más. Vino usted a cenar sola.

—¿Sola? Pero ¿qué dice?

—Señora. —El camarero se secó las manos con el trapo que llevaba colgado de la cintura—. Lo que le quiero decir es que no hay nadie más. Nunca lo ha habido. Ha estado a solas todo el rato.